

Tercera rebanada

Insatisfecho, física y emocionalmente, le doy una mordida bastante grande a la tercera rebanada. Tomo un trago de vino y disfruto de la música de fondo, ahogada por el susurro de los transeúntes y los meseros del lugar.

Los camarones son chicos pero de buen sabor. No cabe duda que este es el mejor lugar en Miami, que yo conozca, para comer pizza. Es lunes, hay poca gente y puedo disfrutar de la bella noche.

Hay vendedores de brazaletes y collares que se iluminan, otros de rosas, pero no he visto a ninguna persona que ofrezca sus servicios musicales. Las tiendas vacías, con sus empleados aburridos, ofrecen su iluminación como un atractivo más de la calle.

César quería comprar unos pantalones. Lo primero que hicimos el viernes en la mañana fue ir a desayunar a una cafetería muy típica de la isla para hacer tiempo. Luego fuimos a la única tienda de ropa para caballeros que hay en Key Biscayne; estaba en barata por aniversario. César insistió en que fuéramos.

Cuarenta y cinco por ciento de descuento en muchas de las prendas de la tienda, excepto en pantalones. Estuvimos diez minutos; no compró nada. Emprendimos el camino a South Beach. Como temprano, le propongo que vayamos para que me compre unos zapatos Puma.

Fuimos caminando a la tienda que conozco, me compré dos pares y regresamos al automóvil para tomar nuestro equipaje y registrarnos en el Hotel The Loft. Se me llena la cara con una sonrisa al recordar la jugarreta que le hice.

Desde hace algún tiempo, para disfrutar más de South Beach en lugar de ir y venir, me hospedo en un hotel de esta zona, así no tengo que manejar y puedo tomar las bebidas que desee sin preocupación.

Sé que a César, como a cualquiera, no le es cómodo dormir en la misma habitación con otra persona, por más amigo que uno sea; sin embargo, cuando nos vimos por primera vez en Miami, le propuse que fuéramos a South Beach y nos quedáramos a dormir allí.

La idea le pareció bien e hice la reservación. Por ser viernes, el hotel estaba casi lleno y sólo tenían una habitación disponible. La acepté, después de una breve consideración.

–César, te tengo una noticia buena y una mala –le digo.

–Dime primero la buena –me contestó.

–La buena noticia es que ya tenemos una habitación y nos cuesta cien dólares con todo e impuesto –le comenté con una sonrisa socarrona.

–Está muy bien –me responde con cara de desconcierto.

–La mala es que sólo contaremos con una cama grande. No había habitación con dos camas –le dije con cara de: no hay otra opción.

Sacudió los hombros y me dijo con poco convencimiento:

–Bueno. Es por una noche, está bien.

La situación me divertía. Dos ejecutivos de alto nivel, de más de cincuenta años, compartiendo una habitación de cien dólares. Ese sí que era un avance en nuestra relación personal.

Llegamos al hotel The Loft, me registré y subimos a nuestra habitación. Con el mejor estilo detectivesco, César revisó todos los rincones, el baño, la cocina, el comedor, la recámara. Todo lo encontró limpio y en orden. Al final me dio su aprobación.

Dejamos nuestras cosas y nos fuimos a la playa. Llegamos en cinco minutos, está a una cuadra, y nos fuimos a alquilar los camastros y las sombrillas, pagamos los cuarenta y cinco dólares correspondientes y nos tiramos a disfrutar de la brisa y la vista.



¡La vista! Dos personas de, aproximadamente sesenta años, dejaron sus cosas en la arena e iniciaron un espectáculo muy divertido. Se desnudaron y sin ninguna pena se pusieron el traje de baño. Ninguna muestra de rubor o intranquilidad, ni siquiera tratan de cubrirse con una toalla. ¡Todo al descubierto! ¡Si me ve Dios, que me vea el mundo!

Yo estaba muy contento y muerto de risa. Qué bella lección de vida. Los años nos dan la oportunidad de concentrarnos en nosotros y olvidarnos del mundo que nos rodea, pareciera que regresamos a esa sana inocencia de la niñez.

Aquellos dos disfrutaron su baño de mar, se secaron y, con la misma, a desnudarse y vestirse. ¡Bravo!

Nosotros estábamos cansados. El día anterior habíamos jugado golf y la noche del miércoles habíamos dormido mal, por lo tanto en la playa nos dedicamos a dormir y descansar. Al cabo de dos horas nos aburrimos. Entonces sugerí que fuéramos a **Niki** Beach Club. Emprendimos la retirada.

En la calle paré un taxi, y en menos de tres minutos llegamos a nuestro destino. Había poca gente, pero el ambiente era agradable. Estudiamos el lugar y escogimos dos poltronas a la sombra.

Yo tenía ganas de un martini de manzana, César pidió su bebida. Ordenamos sushi. Al calor de las copas y la comida recordamos tiempos alegres.

Yo tengo ganas de un martini de manzana y él pide otra bebida, ordenamos sushi y al calor de las bebidas y comida empezamos a recordar tiempos alegres.

En las camas altas frente a nosotros veíamos varias parejas. Me llamó la atención una en particular. Él tenía cerca de sesenta y ella alrededor de treinta años. Es notorio que no son un matrimonio, y que acaban de conocerse. Es curioso ver cómo hay hombres y mujeres insatisfechos con su edad. ¿Por qué buscan juventud en otra persona de menor edad? ¿Por qué no aceptar la propia edad? Más aún, ¿por qué no la disfrutamos?

Seguimos observando a la pareja. Él nos recuerda, por su apariencia, a un hombre de negocios, mexicano. No era el que pensamos; sin embargo, se parece mucho. Él se retiró por unos instantes y la muchacha aprovechó para vaciar en el piso su copa de martini. La estaba observando a través de mi cámara y le tomé una foto.



César y yo nos miramos, con una sonrisa. Casi al mismo tiempo los dos dijimos:

–¡Lo está fichando!

Qué situación tan absurda y tan común que alguien tenga relación de pareja con alguien que no le interesa en lo más mínimo, pero que aparenta lo contrario para jugar. La otra persona piensa que tiene el control de la situación, cuando en realidad es controlada.

En los seres humanos hay una inclinación tan grande por comprar amor, pero no sólo el amor sexual, con una persona de otro sexo, sino también el de nuestros amigos y familiares, lo que nos rodean. Puede ser hasta una obsesión. Esa gran necesidad de afecto, de reconocimiento, de calor humano nos vuelve educados, correctos, preocupados, espléndidos, caritativos. ¿Por qué lo hacemos? Hay muchas respuestas. A mí me gusta agradar a los que me rodean; me gusta dar, por ejemplo, en fechas especiales, me siento bien haciendo el bien. ¿Qué ganamos? ¿Qué nos

damos a nosotros mismos? Pues eso, satisfacción. ¿O resentimientos? ¿Qué sucede si no me corresponden, si no les gusta, si no me reconocen? ¡Son unos malagradecidos! ¡Ah... entonces me tienen que agradecer!

En el caso de los hijos, claro, yo les he dado la vida. Me he sacrificado por ellos. Trabajo como negro, etcétera. A mi esposa, definitivamente la he querido siempre. Dejé a mis amigos por ella. Soy muy bien portado, siempre le he satisfecho sus necesidades, y con creces. Todo lo que he hecho ha sido por ella, etcétera.

En cuanto a los amigos, siempre he participado de sus fiestas, la pasamos muy bien cuando nos vemos. Yo siempre los escucho cuando tienen problemas, les he tenido atenciones y nunca me han correspondido. ¡No entienden! ¡Nadie me entiende! ¡Qué harían sin mí! ¡Si yo soy de lo mejor! ¡Me tienen que querer!

Yo preguntaría, y tú... ¿Te quieres? Es nuestro consciente el que nos obliga a buscar felicidad donde no la hay, y choca muy fuerte con lo que verdaderamente somos.

“¡Qué lástima que nos conozcamos tan poco!”, me digo.

Acabé mi martini y dudé. Me hubiera gustado tomar otro, pero era temprano y el día sería largo, así que preferí tomar algo menos agresivo. Le sugerí a César que tomáramos vino tinto. Aceptó mi sugerencia y ordenamos una botella de un gran reserva español; por cierto, a muy buen precio.

Seguimos conversando de cosas pasadas, intrascendentes. También seguimos observando a las demás personas. Vimos a dos muchachas sin sostén, una blanca y la otra morena. Ninguna es bonita, pero se sienten como mandadas a hacer.

La mesera argentina habla con nosotros y crítica ferozmente a la muchacha blanca por su manera arrogante en que la trata. Su conversación nos divierte.

Nos terminamos la botella, el vino estaba muy sabroso. Ordenamos otra. Con el vino, la conversación, el fresco de la tarde y nuestras críticas, la pasábamos muy bien. No cabe duda de que la mitad del mundo se divierte criticando a la otra mitad. Nosotros en ese momento estábamos en la mitad crítica.

Al acabar la segunda botella tuvimos que retirarnos. Todavía faltaba la cena con Ricardo. Teníamos que descansar y arreglarnos. Al salir, caminamos unos metros y encontramos un hotel pequeño que lucía muy elegante. Le dije a César que investigara los precios mientras yo lo esperaba en la calle.

Estaba junto a un Mercedes Benz, blanco, cuando la persona que estaba al volante me llama y me pregunta:

–¿Es usted paparazzi?

Sin mucho pensarlo le dije que sí. Me divierte. Entonces me dijo:

–Vaya al hotel (xxxx), ahí se encuentra Julio Iglesias y su hijo Enrique, puede tomar unas buenas fotografías que le pueden representar un buen dinero.

No alcancé a oír el nombre del hotel, pero no importa. De cualquier manera no soy paparazzi.

Le di las gracias y pensé: “¡Cómo nos encanta el chisme y las apariencias!”.

En eso salió César. Le pregunté:

–¿Cuánto cuesta?

–Trescientos cincuenta dólares la noche –me respondió.

Con cara de satisfacción le digo:

–Ya ves cómo nuestro hotel no está nada mal.

Paramos un taxi y tres dólares después estábamos frente de nuestro hotel, listos para descansar.

Ricardo llegó a las ocho de la noche. Después de los acostumbrados saludos, decidimos caminar y buscar un restaurante entre los muchos de la zona.

Ya en la mesa, tuvimos una conversación poco trascendente, aunque divertida. Escuchar las experiencias de unos señores ejecutivos para lidiar con los problemas de la casa, la comida, el servicio. Fue muy entretenido y toda una novedad.

Lejos quedaron sus reuniones en las que hablaban de los problemas de la empresa y los negocios que operaban; ahora, el tema central era su situación personal y los problemas del exilio.



Sin duda, la vida es caprichosa. Aparentemente es sencillo planear el futuro, establecer proyectos y fijar objetivos, luchar por ellos y conseguirlos. Mientras más objetivos logramos, más sentimos que tenemos el control de nuestras vidas. Pero en una fracción de segundo todo cambia,

todo da vueltas, todo es un caos, y nosotros en medio: ¡Muerte!
¡Enfermedad! ¡Accidente! ¡Cárcel! ¡Exilio! ¡Divorcio!

De pronto, ¿dónde quedó nuestro control, nuestra soberbia, nuestro conocimiento, nuestra comprensión de la vida? Todo se desmorona y gritamos... “¿Por qué yo?”.

Yo. Yo, que me merezco todo, yo que soy tan astuto, yo que siempre he actuado bien, yo, yo, yo y solamente yo.

Termino la tercera rebanada y sigo con gran apetito. Tomo otro pedazo y ordeno una copa de vino.

